

*Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó, y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga».*

Jesús nos presenta la parábola del sembrador, que encierra una profunda enseñanza espiritual.

El sembrador representa a Dios, quien siembra la semilla de su Palabra en mi corazón.

Algunas semillas caen junto al camino, y los pájaros las devoran. Estos corazones son duros y cerrados, incapaces de recibir la Palabra. Me pregunto si he permitido que el mundo me endurece y me impide escuchar bien el mensaje del amor de Dios.

Otras semillas caen en terreno pedregoso, donde brotan rápidamente pero se marchitan por la falta de raíces. Representan a aquellos que aceptan la Palabra con entusiasmo, pero su fe es superficial y no perdura en tiempos difíciles. Me pregunto si mi fe es sólida y arraigada en la roca firme de Cristo.

Luego están las semillas que caen entre espinos, que crecen pero son ahogadas por las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas. Me advierte sobre la importancia de no dejar que los afanes de la vida me aparten de Dios y me roben la paz interior.

Finalmente, tenemos las semillas que caen en tierra buena, donde crecen y dan fruto en abundancia. Estos son los corazones abiertos, dispuestos a escuchar, recibir y vivir la Palabra de Dios. Son aquellos que, con perseverancia, producen frutos de amor, justicia y compasión.

Ahora hemos escuchado al Señor, que nos ha hablado a nosotros. Pensemos sobre nuestro corazón, la forma en que recibimos su Palabra. No se trata de haber entendido ideas, o aclarado conceptos. Busquemos ser tierra fértil, dispuestos a acoger, a vivir sus enseñanzas con amor y dedicación. Que la semilla divina encuentre en nosotros un lugar donde florecer y dar fruto, para gloria de Dios, para nuestra salvación y la de nuestros hermanos. Como María.